LEOPOLDO URRUTIA DE LUIS

(Córdoba, 1918)

ESTUDIÓ Magisterio en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Destacado crítico literario desde las páginas de revistas como *Ínsula*, *Poesía española*, *Papeles de Son Armadans* o *Revista de Occidente*, sobresalen también sus estudios sobre Miguel Hernández, Vicente Aleixandre, Antonio Machado, León Felipe y poesía española contemporánea en general; sobre todo, es ya clásica su antología de la *Poesía social* que definió toda una línea de nuestra poesía de posguerra. Su poesía que se inicia en posiciones existenciales, derivará hacia la vertiente social, que alcanza su cumbre con *Teatro real* (1957) y *Juego limpio* (1961). Entre sus numerosos galardones literarios se encuentran el Premio Pedro Salinas del Ateneo de México (1952), el Premio Quevedo del Ayuntamiento de Madrid y el Premio Nacional de Literatura de 1979.

Selección poética

Poesía (1946-1968) (prólogo de Ramón de Garciasol), Plaza y Janés, Barcelona, 1974. *Con los cinco sentidos*, Fuendetodos, Zaragoza, 1970. *Igual que guantes grises*, Ángaro, Sevilla, 1980. *Del temor y de la miseria*, Orígenes, Madrid, 1985. *Los caminos cortados. Antología general*, Plaza y Janés, Barcelona, 1989. *Reformatorio de Adultos*, El vaso de Berceo, Madrid, 1990.

Selección bibliográfica

José Luis Cano, "Hombre y sociedad en la poesía de Leopoldo de Luis", *Poesía española contemporánea. Las generaciones de posguerra*, Guadarrama, Madrid, 1974. José Antonio de Cáceres Peña, *La poesía de Leopoldo de Luis*, El Guadalhorce, Málaga, 1970. Miquela Finassi, *La poesía de Leopoldo de Luis*, Universidad de Milán, 1987. Concha Zardoya, *Leopoldo de Luis*, Ministerio de Cultura, Madrid, 1982.

BOSQUE EN OCASO

Pasa el oscuro viento de la vida
arrancando dolor en nuestra fronda.
Siempre atardece. El sol siempre en ocaso
suelta, heridas, sus áureas palomas.
Sobre las grises, doloridas ramas
rotas alas de luz occidua[1] posan.
Porque somos cual árboles oscuros
alzándonos en agrias, secas lomas;
vieja carne de robles milenarios
en esta tierra inhóspita,
bajo un cielo desnudo e implacable
que nunca nuestras frentes, altas, rozan.

Somos árboles viejos.
Oh, raíces
que tierra de amargura ata y ahoga.
Cortezas de otras carnes seculares.
Y brazos frondescentes que remozan
su pobre algarabía en primaveras
de tristes aves y de oscuras hojas.

¡Qué peso ya de siglos gravitando
en la hojarasca de los bosques, hosca
y áspera mar donde encallamos,
madera en pie, navíos sin gaviotas!

Furiosos vientos de odio y de amargura
las doblegadas ramas nos azotan.
En el paisaje oscuro, desolado,
lejanos gritos se acongojan.

[1] *occiduo:* perteneciente o relativo al ocaso (DRAE).

Voces en soledad, en esta diaria
soledad fría y cósmica.
Ancestrales gemidos de gargantas humanas
o sollozos del viento en nuestras frondas.

Huésped de un tiempo sombrío, 1948.

VÍA MUERTA

Como trenes lejanos nos cruzan los recuerdos
en la noche, a través de los campos del alma.
Nos huyen. Los sentimos. El tiempo los conduce
a la remota oscuridad sonámbula.
Quedamos silenciosos, como estaciones solas,
frías en la desnuda madrugada.
Dios es a veces sólo el párpado amarillo
de esa única luz que no se apaga.

Sordos, en qué profundas vías muertas de olvido
los vagones del sueño se topan y se encallan
en la inmovilidad de la tiniebla
mientras la vida sigue silbando en la distancia.

Vías muertas de olvido, donde los guardagujas
del tiempo hunden la risa y la esperanza.
Raíles herrumbrosos por donde no es posible
transitar hacia el alba.

Oh tristes vías muertas
donde va la alegría condenada,
en las que descarrila definitivamente
aquel tren de juguete de la infancia.

Elegía en otoño, 1952.

EL TRAJE USADO

A Bartolomé Mostaza.

Dueles como una cárcel, traje usado,
raída tela de color de tiempo,
de color de tediosos recorridos,
de monótonos pasos; ceniciento
traje, casi animal casi con vida,
carne fiel en plegados movimientos,
adherido a los días sordamente,
acompañando al amo, como un perro.

Dueles como una cárcel, porque encierras
y atas con tu tristeza al hierro
de la costumbre, pesas gravemente
sobre los hombros, con sombrío peso
de destino, con mano irremediable
de tránsito fatal, de ciego
quehacer indiferente, y uniformas
el cotidiano y silencioso esfuerzo.

Tus arrugas esconden vida, tienen
vida plegada, desgastada, lentos
trozos de vida, en acordeones
de inaudible sonar, en largos flecos
de música, de llanto, de rozados
sonidos, de asfixiados, trémulos
sonidos. Perezosas manchas
traen desolados círculos concéntricos
de agria fricción a tus delgados hilos
que amorosos se amoldan a mi cuerpo.

Mortaja de la vida. Diariamente
amortajado entre tus brazos entro
en la vida, en la muerte por entregas

que consumo, en el hondo cementerio
de cada noche, donde trago a trago
nos vamos sepultando con el sueño.
Caja de soledad y de latidos.
Si de ti me despojo, en sombra dejo,
en tu sufrida piel indiferente,
tibia aún de mí, qué fugitivo entierro
de diminutos yos estrangulados
en cada afán y en cada desaliento.

Tu breve paño cobra densa urdimbre
de humana soledad y de recuerdo,
trama casi de símbolo en telares
de vida. Viene y va tejiendo
la lanzadera. Viene y pasa el hilo
de los días. Delgado filamento
de la memoria. Un niño te contempla
desde su traje azul de marinero:
doradas hebras en las bocamangas,
una guedeja[2] en la corbata al viento.
Esa corbata dice adiós, se agita
ese infantil jirón de raso negro,
me despide, marino para nunca,
desde un mar dulce que azulea lejos.
Un hombre te contempla desde el fondo
de una edad, al comienzo
de una esperanza. Pasas lentamente
sobre mis hombros tu color de invierno,
traje usado, reducto de costumbre
y soledad, sencillo parapeto
en el que atrincherado miro el mundo
y al fin el traje de la tierra espero.

Teatro real, 1957.

[2] *guedeja:* mechón, porción de pelo (DRAE).

PATRIA OSCURA

A José Luis, Ángel, José, Enrique,
Luis y Fernando, por su recuerdo.

Hay una patria de esperanza y sombra
donde amanece el hombre cada día,
tierras aradas en silencio, campos
que en soledad siguen soñando vida.

Hay una patria donde el sol se pone
cada tarde dorándose en la misma
ladera, desatando iguales rosas,
igual sangre de ausencia y lejanía.

Hay una patria que alzan, que sostienen
graves manos cansadas, no abatidas,
esperanzadas manos silenciosas
que empuñan herramienta de esforzada sonrisa.

Patria de enmudecidos jornaleros,
de remotos pastores, de pacientes artistas,
que contra el tiempo clavan sus azadas,
conducen sus rebaños, en su taller ofician.

Callados metalúrgicos, mineros
que recorren ocultas galerías
donde entre lodo aguarda el metal vivo
el esfuerzo y la fe que lo rediman.

Hay una patria oscura, una hostil patria
a la que falta luz, como alegría
y pan al pobre faltan, como odio
y rencor sobran en la tierra ardida.

Me siento tierra de esa patria y sangre,
me siento de su herida misma,

sequedad de su boca, piel quemada
por sus propias ortigas.

Esta pobre palabra responsable
siento de la verdad, de la mentira
de silenciar el rostro de esa patria,
de no cantar su dura geografía.

Oscuros ríos, rojos, negros ríos
venas de lenta lluvia desprendida,
montes de lenta soledad cerrada
que el hueco pecho azul del cielo frisan.

Profunda entraña forestal, cautivos
brazos de bosque, manos, voz cautivas,
sonora voz de viento entre los árboles,
voz arrastrada entre ásperas encinas.

Cautiva está mi voz también, mis manos
ramas atadas en la sombra. Encima
de esta tierra tendido árbol de llanto,
madera de dolor y esperanza, tendida.

Esta pobre palabra, como a tientas,
es una mano hacia la luz; ceniza
quiere apartar hacia la lumbre; humana
esperanza de amor la justifica.

La palabra no puede ya elevarse
ignorando que nace entre saliva,
como el viento no canta sin decirnos
la queja de las ramas que mutila.

Una espuma florece en la palabra,
una mojada rosa en carne viva,
una ola diminuta por la sangre
que en esa patria oscura tiene orilla.

Teatro real, 1957.

EL FUSILADO

Mi juventud ha sido fusilada.
No se fusila nunca a un hombre solo,
caen poco a poco nuestras propias vidas.
Miro de forma extraña, si os dais cuenta;
desde la muerte miro de los otros,
desde mi muerte en cada uno de ellos.

Soy aquel joven muerto junto al alba
que avanza hacia su otoño, atravesado
el pecho por la luz de un orificio
por el que se descubren años, sombras,
y un paisaje remoto se trasluce.

De dos en dos. En fila. Los altos paredones
recogen el impacto. Nuevamente
de dos en dos.
¿Adiviná is ahora
por qué sacar tan fácilmente puedo
el corazón del pecho y enseñároslo
como una roja fruta hacia el otoño?

Juego limpio, 1961.

LA PALABRA

La libertad está aquí, en este hueco
sonoro,
en esta breve concha pronunciada.
Saberla, darle un orden, entenderla,
cuidarla como a madre o como a hija,
potenciar su fervor y su sentido,
vivificarla con la propia sangre,
sentarla en las rodillas de las gentes,
acunarla en el pecho hondo del pueblo,
templarla al sol rugoso de los campos,
airearla en las puras arboledas,
pasarla por las piedras ancestrales,
proyectarla a la lumbre de mañana,
dejarla que jadee entre fabriles
maquinismos, en tráfagos mineros,
asociarla al trabajo y a la pena,
a la rosa inicial de la alegría
y al gris rosario de las decepciones,
acompasar su música al latido
del corazón de todos, masticarla
como el pan que se suda, hacerla trago
de agua o de vino para sed y seca
garganta, convertirla en guante oscuro
para agarrar el hierro incandescente
del ansia de justicia, hacerla paño
para las cotidianas vestiduras,
dejarla recorrer como un zafiro
líquido entre los dientes defensores,
como un diamante blando y moldeable
mojarla entre los labios sensualmente.
Decirla y repetirla: pronunciarla.
Es el más subversivo y más humano
de los pronunciamientos.

Igual que guantes grises, 1979.